

El MUAC de Teodoro González de León

Graciela de la Torre

Crear un museo universitario es una tarea poco sencilla: no se trata de hacer un programa de necesidades para erigir un edificio, sino de que este responda a un proyecto museológico, curatorial y comunicacional. “Garbanzo de a libra” en el mundo de los museos.

El equipo interdisciplinar que concibió al MUAC durante más de tres años tuvo en Teodoro González de León al mejor de los aliados, talentoso artífice de un proyecto complejo a nivel intelectual. Fue su visión integradora y su gran voluntad la que dio luz a la reinterpretación de la plataforma conceptual y museográfica, así como las necesidades técnicas y funcionales de este espacio.

El MUAC abriría sus puertas en noviembre de 2008 en el Centro Cultural Universitario. Con su fundación, la máxima Casa de Estudios del país posibilitaba ampliar la visión de las tendencias artísticas de los últimos sesenta años —y hacia el futuro— al tiempo que enmarcaba su acción en un ámbito de libertad, exigencia crítica y experimentación. Para el museo, la colección y los públicos resultaban ser los ejes y el fundamento de su creación.

Veintisiete años atrás, Teodoro había concebido el Museo Tamayo; en el 2008 los ojos del país estaban puestos en la fundación del MUAC. Su apertura era un hecho sin precedentes frente a la reflexión de los nuevos postulados museológicos, y las necesidades de la infraestructura museal habían cambiado.

En su misión original el MUAC se describía como un “protagonista en el ejercicio de la valoración y construcción de cultura visual de nuestro país desarrollando programas orientados a diferentes sectores sociales al tiempo de forjar su presencia internacional, siempre en resonancia con el espíritu de excelencia y vanguardia que caracterizan a la UNAM”.

Al calor de interminables charlas, invitamos al arquitecto a construir un espacio donde la experiencia del visitante se viviera como la exploración de un “territorio”, como el recorrido de un “viajero” en el espacio museal en cuyas salas fuera posible encontrar una suerte de “mesetas” susceptibles de resonancias conceptuales y expositivas. Teodoro resolvió magistralmente el paradigma rizomático: concibió una “avenida” central y la intersección de amplios corredores transversales y los hizo dialogar con las terrazas que emergen entre salas, conectadas sin perder su autonomía.

Acorde al espíritu universitario, era también fundamental la transparencia, accesibilidad y equidad. No había secreto para el visitante del MUAC, excepto por los fondos restringidos de obra artística. Se trataba de ofrecer la posibilidad de ver el trabajo cotidiano, tanto del laboratorio de restauración, como del centro de documentación Arkhenia; o bien de la cámara fría para la conservación de fotografía. Bajo estas mismas premisas se dispuso el espacio de las oficinas e instalaciones de empleados, siempre en concordancia con

la visión de funcionalidad estética, tan característica del arquitecto.

El programa museológico consideraba como una de sus funciones sustantivas la preservación de los acervos y colecciones en tránsito. Así, el museo podía contar con las mejores condiciones ambientales y de seguridad en sus nueve espacios expositivos y con bodegas de tránsito y fondos reservados para los acervos artísticos y documentales, todo ello dispuesto con tecnología de punta.

Para la concepción del MUAC, el aprendizaje, la mediación y la divulgación son también tareas sustantivas. En un giro de 180 grados con respecto a casi todos los museos del mundo, González de León hizo del espacio pedagógico del MUAC, el Ágora, un actor tan protagonista como el de los ámbitos expositivos.

Conscientes de que las misiones, las necesidades de los museos y las formas de exponer el arte contemporáneo son cambiantes y dinámicas, una vez abierto el edificio se ha puesto a prueba con los diversos programas de exposiciones que tomaron por sorpresa pasillos, terrazas y áreas de circulación sin afectar la fluidez de los espacios.

Quizás el caso más relevante donde el edificio ha demostrado su vigencia y solidez ha sido frente a la exposición de Anish Kapoor. Durante su montaje, el patio de maniobras tuvo la capacidad de recibir cuatro contenedores de manera simultánea y en el andén de acceso se descargaron 106 embalajes de grandes dimensiones

y considerables pesos, mientras sus pasillos estuvieron sometidos igualmente a grúas y montacargas que circularon y maniobraron sin dificultad.

Las salas de exhibición fueron sin duda la prueba más contundente de su efectividad. Recibieron grúas, montacargas, polipastos y cientos de toneladas que pudieron distribuirse a lo largo de la retícula de acero y concreto con la que Teodoro visionariamente proyectó los espacios. Cada pieza fue montada estratégicamente en su lugar; parecía que los volúmenes espaciales hubieran sido proyectados para albergar esta obra. El propio Kapoor admitió que sus piezas nunca se habían mostrado en espacios de excelencia tan generosos. En efecto, la arquitectura adoptó como propias grandes llagas, muros “embarazados”, campanas colgantes, sinuosos espejos y gigantes masas de cera desbordadas.

Es evidente que el edificio proyectado por Teodoro González de León supera por mucho cuestiones de infraestructura, espacios y resguardos a cualquier solicitud del equipo interdisciplinar que concibió al MUAC, y que la Universidad cuenta y contará por muchos años con un museo flexible, dinámico y actual, que sólo un arquitecto de la talla de Teodoro hubiera podido proyectar.

Termino esta reflexión con la frase que tantas veces le dije: “¡Gracias, arquitecto, por dejarnos este museo!”.

Texto realizado en colaboración con Claudia Barrón.

